

Domingo 17 de Agosto de 2025

Soy del Norte
El Longino

www.diariolongino.cl 15

Generación 1990 del Colegio Don Bosco de Iquique se reencuentra 35 años después: memoria, gratitud y compromiso con Chile

Decenas de exalumnos volvieron a las aulas salesianas donde egresaron en 1990 —año bisagra en la historia del país— para compartir trayectorias, rendir homenaje a sus docentes y reafirmar los valores que los formaron. Entre recuerdos y proyecciones, el grupo subrayó que “lo recibido en lo intelectual y lo humano” hoy se retribuye a la sociedad chilena.



A 35 años de su egreso, la Generación 1990 del Colegio Don Bosco de Iquique se reunió para un reencuentro cargado de simbolismo. No fue solo una cita de exalumnos; fue una vuelta al origen: al patio, a los pasillos, a la capilla y a las salas que, en los años finales de la década de 1980, moldearon sus primeras convicciones bajo el sello salesiano. El encuentro, que convocó a quienes permanecieron en la región y a otros que partieron a distintos destinos académicos y laborales del país y del extranjero, abrió un espacio para mirar la ruta recorrida desde aquel 1990 que —marcado por cambios políticos y sociales— exigía a los jóvenes sueños grandes y un sentido de comunidad.

La jornada comenzó con un saludo fraterno y una evocación del espíritu educativo heredado de Don Bosco, sintetizado en “razón, religión y cariño”. Para muchos, regresar al colegio fue reencontrarse con los cimientos de una biografía: el profesor que alentó la curiosidad, la orientadora que sugirió una vocación, la experiencia de liderazgo en el centro de alumnos, el oratorio donde se forjaron amistades de por vida. Ese legado —apuntaron los asistentes— sigue vivo en

su manera de entender el trabajo, la familia y el servicio público.

“Salimos al mundo con esperanzas y con el mensaje salesiano grabado a fuego. Treinta y cinco años después, es evidente que lo que recibimos en estas aulas nos acompañó en cada decisión”, expresó uno de los voceros del grupo durante un momento de reflexión. La intervención hilvanó el espíritu del encuentro: agradecer a una comunidad educativa que formó buenos profesionales y mejores personas, y reconocer que cada trayectoria —en ingeniería, educación, salud, fuerzas armadas, emprendimiento, minería o servicio social— ha sido una forma de devolver lo aprendido.

La cita incluyó recorridos por las salas y espacios que resguardan un patrimonio afectivo compartido. En cada rincón brotaron anécdotas que, entre risas y emoción, reconstruyeron la vida escolar: el primer laboratorio de ciencias, los ensayos del himno, las evaluaciones que templaron el carácter y las actividades pastorales que dieron sentido de pertenencia. También hubo un momento solemne para recordar a compañeros y profesores que ya no están,

subrayando que la comunidad donbosquina trasciende generaciones.

“En 1990 soñamos Chile desde una sala de clases. Hoy, esos sueños caminan con nosotros”, resumió otro exalumno, aludiendo a una época en que el país iniciaba una nueva etapa histórica. Varios asistentes compartieron cómo, desde Iquique hacia distintas universidades, institutos y escuelas matrices, se trazó una geografía del esfuerzo que hoy encuentra resultados concretos: hogares formados, carreras consolidadas, oficios dignos y aportes tangibles a la economía regional y nacional. La identidad iquiqueña y el sello salesiano —coincidieron— les dieron brújula cuando tocó salir de la ciudad para perseguir metas.

En el encuentro, el agradecimiento a los docentes ocupó un lugar central. “Nos entregaron rigor intelectual y un horizonte ético. Nos enseñaron a estudiar, sí, pero también a ser compañeros, responsables y solidarios”, se escuchó en la lectura de un texto preparado por la generación. En esa línea, se destacó la vigencia del ideal salesiano de “buenos cristianos y honrados ciudadanos”, más allá de credos, como una ética del trabajo bien



hecho, la honradez y la preocupación por los más jóvenes.

El reencuentro fue, además, una oportunidad para reflexionar sobre la responsabilidad generacional. “Nos tocó recibir una formación sólida; hoy corresponde ser mentores y abrir puertas a quienes vienen”, planteó una de las intervenciones, que llamó a mantener la colaboración con la comunidad educativa y a apoyar iniciativas que favorezcan la continuidad de estudios, el acceso a oficios y el acompañamiento de alumnos en situación de vulnerabilidad. La idea de seguir presentes —no solo en aniversarios— quedó instalada como un compromiso práctico: estar disponibles para charlas vocacionales, prácticas profesionales, becas y redes de contacto.

Los testimonios dieron cuenta de cómo el sello donbosquino se traduce en decisiones cotidianas: en la mesa de trabajo, en el trato con los equipos, en la ética de los negocios, en el compromiso con la seguridad y en la participación cívica. “El colegio nos enseñó a liderar con humanidad, a poner a la persona al centro. Eso, en cualquier ámbito, marca una diferencia”, se escuchó. De fondo, una

constatación compartida: en tiempos de cambios acelerados y desafíos complejos, los valores simples —puntualidad, respeto, estudio, servicio— siguen siendo la mejor carta de navegación.

La mirada hacia Iquique y Tarapacá también ocupó parte de las conversaciones. Quienes permanecen en la región actualizaron a sus compañeros sobre los retos y oportunidades locales: el dinamismo portuario y minero, la necesidad de capital humano calificado, la relevancia de la educación técnico-profesional y la urgencia de fortalecer el tejido social en los barrios. En ese marco, varios asistentes subrayaron que el colegio continúa siendo un actor clave para ofrecer a los jóvenes herramientas académicas, espirituales y de convivir que los preparen para un mundo cada vez más exigente.

En el cierre, se compartieron palabras de gratitud a las familias que, hace 35 años, confiaron la educación de sus hijos a la congregación salesiana, y a los directivos, profesores y asistentes de la educación que han sostenido el proyecto formativo en el tiempo. La generación acordó seguir vinculada, mantener canales de comunicación

activos y volver a encontrarse con una periodicidad mayor, convencida de que el reencuentro no es nostalgia, sino una energía que renueva compromisos.

“Lo recibido en lo intelectual y en lo humano nos corresponde entregarlo —hoy— a la sociedad chilena”, sintetizó el acta simbólica con la que concluyó la jornada. La frase, que recoge el espíritu del encuentro, proyecta una tarea concreta: estar disponibles para el otro, en el trabajo, en la comunidad y en la familia, como parte de una ciudadanía responsable que honra su historia escolar con hechos.

Treinta y cinco años después de la fotografía de 1990, aquellos jóvenes que soñaron Chile desde una sala de clases han convertido muchos de esos sueños en realidad. Volver a Don Bosco fue recordar que el futuro no se nos da terminado; se construye —día a día— con disciplina, compañerismo y fe en que educar es siempre la forma más alta de transformar. En esa certeza, la Generación 1990 se despidió con la convicción de que el mejor homenaje a sus maestros es seguir practicando, en cada ámbito, la misma lección aprendida entonces: servir con alegría.